**SAN JUSTINO MÁRTIR (el Filósofo)**

Nos hallamos en presencia de la figura más grande, simpática y representativa entre los apologistas del siglo u y, además, el iniciador de nuevos métodos en el desarrollo y divulgación de las verdades teológicas, para hacerlas más amables y eficaces, y para demostrar la armonía existente entre la razón y la fe. Nació en los comienzos del siglo n en la ciudad de Flavia-Neápolis, la moderna Naplos, célebre población samaritana de Siquem. Destruida cuando el pueblo judío perdió su independencia, fue reconstruida por Vespasiano y poblada por colonos griegos y romanos. Justino por lo tanto era un gentil, lo cual confirman su nombre y los nombres de su padre y abuelo, respectivamente Prisco y Baquio. Aunque educado en el paganismo, no pudo sin embargo escapar a la influencia del medio monoteísta judaico. Desde joven se dedicó al estudio de la filosofía y, tras haber bebido en otras fuentes sin lograr apagar su sed, abrazó finalmente el platonismo. Pero tampoco en el platonismo encontró su alma la satisfacción que tanto anhelaba. Por fin la consiguió en el cristianismo, adonde le atrajeron la sencillez del monoteísmo, la elevación de las doctrinas de Jesús, la pureza de la vida cristiana y el heroísmo de los mártires. Eso es lo que queda substancialmente del relato casi novelesco que hace de su conversión en el prólogo de su Diálogo can Trifón.

¿Abandonó, juntamente con las supersticiones paganas, la filosofía de Platón? Un ligero análisis de sus escritos nos lleva a la conclusión de que nunca dejó de ser filósofo platónico. Como nunca llegó a ser clérigo, conservó el manto, que, como filósofo, ya usaba, y abrió escuela en Roma para enseñar filosofía, como en su misma época (durante el imperio de Antonino Pío, 130-161) lo hacían en la misma ciudad los herejes Valentín y Marción. "Si alguno quería venir a encontrarme, yo le comunicaba las palabras de la verdad", decía al juez que le condenó a muerte. Su conversión fue sincera, aceptó sin niguna reserva la doctrina revelada del cristianismo, contenida en el símbolo de los apóstolos vivió conforme a ella y por ella murió. Pero no renegó por eso de la doctrina de Platón en aquellos puntos en que no chocaba con la fe. Es lo mismo que hicieron luego otros padres y escritores eclesiásticos, como los capadocios, Orígenes y Agustín. "En ciertos puntos, nosotros estamos de acuerdo con los más estimados de vuestros filósofos y de vuestros poetas..., en otros, nosotros hablamos mejor que ellos... y probamos lo que afirmamos... He aquí lo que nosotros queremos probar: todas las enseñanzas que hemos recibido de Cristo y de los profetas son las únicas verdaderas; ellas son más antiguas que las de vuestros escrito-res, y si nosotros os pedimos que las admitáis no es en razón de las semejanzas sino porque ellas son verdaderas"".

Esa concordancia que Justino observa e intenta hacer ostensible a los de dentro de casa y a los de fuera de ella, a los cristianos, a los judíos y a los gentiles, es una de las características de Justino que di& nuevos medios a la campaña apologética y proselitista del cristianismo. Con este filósofo cristiano y con su discípulo Taciano, comienza la transformación del sencillo cristianismo primitivo en una teología sabia y se echan los cimientos de las academias cristianas que más tarde surgirán en Alejandría, Antioquía, Cesárea y otras. De ellas fue, en efecto, antecedente la escuela fundada en Roma por Justino "cerca del establecimiento de los baños de Timoteo. . . y no he conocido otro lugar de reunión fuera de aquél" (Actas del martirio de Justino).

Dos veces vivió Justino en Roma y durante ellas tuvo grandes discusiones con un filósofo cínico llamado Crescencio, "amigo del ruido y de la ostentación" (24 Apología). Luego añade que Crescencio acusaba públicamente a los cristianos de ateísmo y de impiedad. Justino le propuso algunas cuestiones, pero el cínico no pudo responder. Eusebio (Hist. Ecles., iv, 16) asegura que Justino sufrió el martirio a causa del fraude y maquinaciones de Crescencio. Nada de ello dicen las actas del martirio, pero es muy verosímil que, si aquél no fue acusador del apologista en el proceso, sus ataques hayan contribuido por lo menos a llamar la atención de los poderes públicos sobre la víctima, y hayan sido causa indirecta de la condena. Fué Justino decapitado en Roma, siendo prefecto Junio Rústico (163-167), con otros seis cristianos compañeros suyos. Las actas del martirio son auténticas y se conservan todavía 21. El Martirologio Romano celebra su fiesta el 13 de abril.

En su Cours de patrologie dice Tixeront que san Justino ha sido siempre admirado por la firmeza de sus convicciones, la nobleza de su carácter y la lealtad en sus procedimientos. Era un verdadero apóstol y un santo, siempre penetrado del deseo de hacer bien a aquéllos a quienes trataba. Por su parte, Puech señala que el martirio de san Justino, sencilla y valientemente soportado, coronó dignamente una vida consagrada por entero al estudio, a la caridad y a la fe.

Son numerosas las obras atribuidas a san Justino, unas auténticas, otras ciertamente espurias, otras de autenticidad dudosa. Eusebio (Hist. Ecles., iv, 18) menciona las siguientes: dos apologías, un Discurso a los griegos, una Refutación contra los griegos, un tratado Sobre la monarquía divina, otro titulado El salmista, un tratado Sobre el alma (en forma de escolios) y el Diálogo con Trifón. El mismo Justino menciona (10 Apología, xxvi, 8) un Tratado contra las herejías en el cual se hallaba tal vez comprendido el escrito Contra Marción, citado por san Ireneo (Adv. haer., iv, 63). Salvo algunas citas y fragmentos, sólo tres obras se han conservado en un manuscrito único Codex Parisinos 450, año 1364: las dos apologías y el Diálogo con Trifón.

La Primera Apología está dedicada a Antonio Pío, a Marco Aurelio, a Lucio Vero, al senado y a todo el pueblo romano. El primero reinaba, el segundo poseía ya el título de César y Lucio Vero era bastante anciano para que Justino pudiera tratarlo de filósofo. Antonino Pío reinó desde el año 138 hasta el 161, pero algunas circunstancias del escrito nos dan derecho a pensar que fue compuesto en Roma alrededor del año La Segunda Apología, dedicada al senado y más breve que la primera, fue compuesta poco después, antes del 155. El Diálogo con Trifón vio la luz probablemente cerca del año 160.

La Primera Apología es una defensa jurídica de los cristianos, una refutación de los errores paganos y una demostración de la verdad cristiana. Más esa división es observada con mucha libertad. Aunque Justino permanece dueño de su pensamiento directivo a todo lo largo del escrito, se deja llevar con frecuencia por algunas digresiones y asociaciones de ideas. La proposición se extiende hasta el capítulo III: los cristianos no deben ser condenados si no son culpables de los crímenes de que se les acusa. Luego pasa a demostrar la inocencia de aquéllos (caps. Iv-xmn), pues no son ateos, aunque no adoren a los ídolos; no son inmorales ni homicidas ni enemigos del imperio, por el contrario son ciudadanos virtuosos y pacientes. Dominado Justino por la idea de que los cristianos son perseguidos porque no se les conoce, consagra casi todo el resto de la apología a dar a conocer la secta cristiana en su moral, en algunos dogmas, en su fundador y su historia, en el culto y en la manera de iniciar a sus adeptos. La descripción que hace en el capítulo Lxvli del servicio divino en los domingos, incluso las ceremonias relativas a la consagración del pan y del vino es de una sencillez y sublimidad encantadoras. Abre las puertas de las iglesias e invita a los profanos a asistir y comprobar por sí mismos que en ellas no se come-ten los horrores atribuidos a los fieles, antes bien, los ejemplos sublimes de todas las virtudes. Termina con la conclusión de que los cristianos no sean juzgados sin previo juicio. A renglón seguido de esa conclusión, el texto actual de la apología reproduce el escrito de Adriano a Minucio Fundano sobre la benevolencia con que habían de tratar a los cristianos. ¿Introdujo allí ese documento, ciertamente auténtico, el mismo Justino? ¿Es una interpolación? La generalidad de los críticos está por la interpolación.

Segunda Apología, en concepto de algunos, una continuación o posdata de la primera. El hecho que dio ocasión a Justino para escribirla es el siguiente: una mujer cristiana se separó de su marido que era un pagano corrompido. Creyendo éste que el catequista Ptolomeo había aconsejado en ese sentido a su mujer, denunció al catequista que, con otros dos cristianos, fue condenado a muerte por Urbico, prefecto de la ciudad de Roma. Indignado Justino, protesta por esa arbitrariedad del prefecto romano y luego, más brevemente, desarrolla los mismos conceptos' que ya había desarrollado en la primera apología: los cristianos no son bien conocidos ; su doctrina es pura, más elevada y más completa que la de los filósofos; su conducta es irreprochable, y son los demonios los que suscitan las persecuciones. La excitación que le do-mina y el presentimiento de su propio martirio se reflejan en estas páginas: "También yo espero verme perseguido y atado al madero del suplicio por alguno de los que he nombrado (los dioses del paganismo), o por Crescencio, ese amigo del ruido y de la vanidad" (n, 3).

El Diálogo con Trifón está destinado a los judíos y tal vez indirectamente a los paganos. Ni unos ni otros deben ignorar las relaciones existentes entre la antigua y la nueva alianza, pero la cuestión interesa más a los primeros y por eso los apologistas les dedicaron escritos especiales. Hay una diferencia de forma entre las apologías a los griegos y las destinadas a los hebreos. Aquellas se redactaron en forma de discurso judicial y exhortatorio, como lo habían hecho los platónicos, los peripatéticos y los estoicos en las apologías de sus maestros; como lo hicieron Platón y Jenofonte para defender a Sócrates. Los latinos, en cambio, optaron por la forma dialogal y hasta los mismos griegos la prefirieron en la controversia con los judíos, como más conveniente, Aristón de Pella mezcla el discurso y el diálogo, Justino imagina también un diálogo con Trifón, "el más célebre de los judíos de aquel tiempo" (¿se refiere al rabino Tarfón?). La escena tuvo lugar en Efeso y en presencia de otros judíos que acompañaban a Trifón. Más ¿fue real esa escena o, por el contrario, se trata de una ficción literaria? Más verosímil parece lo primero que lo segundo, si bien tampoco es inverosímil que Justino haya tenido algunas disputas con algunos judíos y sobre ellas haya construido el diálogo con Trifón. Como la mayor parte de los diálogos platónicos, la conversación tiene la forma de un relato que Justino dedica a su amigo Marcos Pompeyo, del cual no se sabe otra cosa que el nombre. Tal vez a lo largo del diálogo había algunos detalles que habrían resuelto la cuestión, pues en el texto actual hay lagunas importantes, entre ellas el título y la dedicatoria.

El escrito finge que la conversación tuvo lugar en dos jornadas y por tanto habría podido dividirse en dos partes, pero precisamente la transición se hacía en la parte perdida del capítulo Lxxrv. De todas maneras la composición es un tanto desordenada y hay no pocas repeticiones. No obstante, la generalidad de los patrólogos (entre ellos Puech y Bardenhewer) dividen el escrito en una introducción (cap. ii-vm) y tres partes de acuerdo a tres ideas principales que el autor desarrolla sucesivamente. En la introducción cuenta Justino un poco novelescamente su odisea filosófica y la historia de su conversión. En la primera parte (caps. x-xLvn) establece, por medio del Antiguo Testamento principalmente, que el ritual mosaico debía ser abrogado y dejar su lugar a la nueva Ley de Cristo. Esta ley, que se extiende a todos los pueblos, manda al hombre adorar al verdadero Dios, levantarse del pecado, abjurar el error y creer en la venida del Mesías que es Jesús Nazareno. En la segunda parte (caps. xLvm-cvin) prueba san Justino, por medio de los profetas, que para adorar a Jesucristo no se ha de renunciar a la fe en un Dios verdadero, ni al culto del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Los profetas certifican y proclaman que Jesucristo es el Hijo de Dios, el Verbo encarnado.

En la tercera parte (caps. cix-cxLi) demuestra que la gran sociedad cristiana, obra de los apóstoles, es al pie de la letra la verdadera raza de Abraham, la heredera de todas las promesas del Antiguo Testamento. Es en el cristianismo donde la religión de Israel se ensancha y viene a ser, siguiendo su misión profética, la religión del universo. En el capítulo cxLii termina Justino haciendo votos para que Trifón y sus compañeros, visiblemente impresionados, se conviertan a Jesús.

De los tres escritos de Justino, que acabamos de revisar muy super ficialmente, se deduce que el famoso apologista era un hombre culto, un filósofo pasable y conocedor de los sistemas a la sazón en boga, especialmente del platonismo. Parece que no perdió de vista, al escribir la suya, la Apología de Sócrates y el Timeo, escritos ambos por Platón. También poseía algunos conocimientos de los poetas y oradores principales, pero su ciencia histórica era escasa y llegó a cometer errores graves. Su ingenio no era muy vigoroso ni muy sutil. Su dialéctica es floja y su argumentación tiene procedimientos que se explican mejor a la luz de las opiniones corrientes en su tiempo. No tiene Justino la pretensión de ser un escritor, pues descuidó la retórica clásica y las enseñanzas de las escuelas. El estilo es defectuoso lo mismo que la composición. La expresión es cualquier cosa ; la frase es engorrosa y lánguida. Sin embargo, el estilo es claro en general y, "como la elocuencia viene del corazón tanto como del espíritu, este hombre de una convicción tan profunda alcanza, sin buscarlo, algunos efectos poderosos" 22.

Su tratado De la resurrección, del cual sólo se conservan algunos fragmentos, se le discute, a pesar de que Procopio de Gaza y san Juan Damasceno se lo atribuyen. El escrito es muy antiguo, según Harnack que lo coloca entre los años 150 y 180, y ya Metodio de Olimpo lo citaba a fines del siglo iii Pueden discutírsele, con mayor seguridad, tres tratados que llevan títulos idénticos o semejantes a otros tantos del catálogo de Eusebio, a saber : Oratio ad Gentiles, Cohortatio ad Gentiles y De Monarchia. La segunda es de mediados del siglo ni y las otras dos del siglo ii. No tienen derecho a figurar entre las obras de san Justino seis tratados que suelen colocarse al final de las obras completas: Epistula ad Zenam et Serenum, obra de edificación que Batiffol atribuye a Sisinio, obispo novaciano de Constantinopla (hacia el año 400) y los escritos: Expositio rectae fidei, Confutatio dogmatum quorumdam, Responsiones ad orthodoxos, Quaestiones christianorum, Quaestiones gentilium. Harnack atribuye esos cinco escritos a Diódoro de Tarso (f 391-392). Funk atribuye el primero a un autor del siglo v y el tercero a Teodoreto.